

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

PRIMERA COLECCION DE LOS ARTÍCULOS
DE

«LA LECTURA POPULAR»

CON UN PRÓLOGO DE DON FELIX SARDÁ Y
SALVANY.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de **una peseta** en toda España, franca de porte. Al que tome **doce** ejemplares se le regalarán **dos**, y al que tome **ciento** se le regalarán **veinte**.

Los pedidos, acompañados *precisamente* de su importe, al Editor, **D. José del Ojo y Gómez**, calle de San Bernardino, 10, segundo, derecha, **Madrid**.

NOTA.

Ha entrado en prensa el segundo tomo de las LECTURAS, y muy pronto se pondrá á la venta bajo las mismas condiciones que el anterior.

SECCION RECREATIVA.

EL DOCTOR PAQUILLO.

Quién se hubiese atrevido á llamar así al eminente Doctor D. Francisco de Paula Campanellas, caballero de la legión de honor, miembro de todas las sociedades científicas de las cinco partes del mundo y autor de veintisiete memorias destinadas á arrojar luz sobre el alienismo sintomático de las grandes conmociones psíquicas, hubiese llevado un sofocón de padre y muy señor mío.

Yo, sin embargo, le llamaba no solo Paquillo, sino hasta Facorrillo, y Facorrete, y Quico, y Quiquete, y Curro, y Facó, últimos extremos á que puede llevarse el hermoso nombre de un Santo que está en los cielos.

Todo era efecto, (por supuesto), de nuestra grandísima amistad.

Yo quería mucho al Doctor.

Tanto le quería que algunas veces solía decirle, echándole el brazo por el cuello:

—¡Lastima, Currillo de mi alma, que despues de pasar tu vida estudiando la locura agena, acabes por dar con la tuya en tus propias jaulas.

Y le decía esto porque mi pobre amigo, que á la sazón dirigía un gran establecimiento de enagenados, tenía dentro de su cabeza, al par que luces sufi-

cientes para devolver la razon á muchos locos, sombras bastantes para hacer perder la chaveta á muchos cuerdos.

Efectivamente; el Doctor era buen médico, pero racionalista, naturalista, materialista y evolucionista; es decir, que todas las cosas las tenía *listas* menos el seso, que por falta de fé, se le había puesto tan pesado que daba lástima.

Al mismo tiempo, el pobrecillo era muy desdichado: sus asuntos estaban tan oscuros como sus pensamientos.

Y es que, (yo no sé lo que pasa), pero lo cierto es que son raros los hombres que pensando mal logran vivir bien.

El Doctor era casado en segundas nupcias y tenía hijos, (muy mal educados por cierto), de los dos matrimonios. Su segunda esposa era una mujer, que algo entregada al mundo, sin ser mundana, gastaba en peregriles lo que debía gastar en patatas, y empleaba en visitas y devaneos el tiempo que necesitaba para remendar las camisas de sus cuatro hijos y los calzoncillos de sus tres hijastros.

No hay que hablar de la armonía de estos, porque era la misma que existe en un circo de gallos ingleses, durante las horas de funcion, y hay que advertir que en el circo del Doctor la funcion siempre estaba armada.

Si á esto se añaden ciertas debilidades y flaquezas de mi pobre amigo, que le hacían bastante indolente, ciertas condiciones físicas que le tenían algo enfermizo y sus torcidas ideas que le sumían en un desgarrador escepticismo, se podrá calcular lo que por dentro era el Doctor Campanellas, el afamado alienista director del gran manicomio modelo, establecido en la ciudad de X.

No parecía sinó que el establecimiento se había hecho para él, de tal manera la falta de fé y sobra de desdichas ivan aumentando su melancolía y su desesperacion.

Un dia, cogidos del brazo, comenzamos á recorrer el edificio: era la hora de visita y quise acompañarle.

Nuestra conversacion era animada, pero en las palabras del Doctor se reflejaba siempre el estado abatidísimo de su espíritu ávido de verdad y de paz, y

víctima de innumerables miserias.

—Lo que es el hombre, me decía con tristeza. Hay misterios en el cerebro enfermo capaces de enloquecer al cerebro sano que quiere estudiarlos. Cuanto más me fijo menos comprendo la razon patológica de ciertas perturbaciones. (Hablabá de medicina).—Mira á aquel infeliz, me dijo.

Y deteniéndose me señaló á un hombre alto, bien parecido, con unos ojos hermosos pero que constantemente apretaba, mientras á gritos pedía luz.

De tanto apretar los ojos durante tanto tiempo habían comenzado á hinchársele y es seguro que á seguir así, aquel hombre á quien bastaba abrirlos para ver, llegaría dia en que aun abriéndolos no vería.

Yo le contemplé un rato, y despues, elevando un poco el labio inferior, me encogí de hombros.

—Manía rara es, dije, pero no me extraña.

El Doctor me mostró en seguida otro loco. Era un hombre flaco, muy flaco, rodeado por todas partes de barreños y cacharros llenos de agua cristalina, entre los que andaba constantemente oliendo y buscando con avidez.

—¿Qué busca ese desdichado? pregunté.

—Agua.

—¿Pues nó la tiene al lado?

—Si, pero no quiere beberla.

—Entonces ¿porqué la busca?

—Porque tiene sed.

—Y porqué no bebe.

—Porque está loco.

—Rara locura es, dije, pero no me extraña, y seguí adelante á ver otro enagenado.

Este era un hombre robusto que se hallaba tendido boca arriba y con todos los muebles de la habitacion colocados encima.

—¿Qué hace ese hombre?

—¿No lo oyes? Quejarse á grito herido.

—Pero ¿de qué se queja?

—De que no puede moverse.

—¡Pobrecillo! tiene razón; si está cargado de peso y en una posicion violenta. Verás que pronto sale del apuro, dije tratando de dirigirme á él.

—No lo toques.

—¿Por qué?

—Porque se enfurece. He ordenado que le dejen así porque se exalta como un energúmeno en cuanto le quitan los trastos de encima.

—¡Recanastos! dije, manía escéntrica es la de este este desdichado, pero... no me extraña.

Al oír por tercera vez el Doctor mi *no me extraña*, empezó á mirarme de reojo como diciendo: ¿si tendremos que preparar una jaula más? Pero no me dijo nada y seguimos adelante aproximándonos á la cuarta celda.

Allí había otro loco tan rematado como los anteriores.

Era un hombre viejo, de larga barba y aspecto venerable, que con gran atención y cuidado se ocupaba en colocar, unos sobre otros, muchos pedacitos de madera, hasta formar una torre y luego cuando estaba formada, conteniendo la respiración y con gran cuidado, empezaba á sacar poco á poco los que servían de base, sin duda con la peregrina idea de que la torre se quedase en el aire. Como es natural, esto no sucedía nunca porque cuando llegaba á faltar el tercer pié al edificio, este se venía abajo con gran disgusto del viejo loco que lloraba amargamente, y volvía á empezar la operación.

Aquella locura, verdaderamente era ya muy rara, pero me fijé en ella, reflexioné un poco y exclamé por cuarta vez:

—Locura es, pero nó me extraña.

Al oír mi cuarta exclamación el Doctor, no pudo más y me lanzó una intencionada sátira.

—¿En qué manicomio has practicado, querido mío, que tanto entiendes de locuras?

—En el del mundo, exclamé.

—Salidas tuyas, contestó enfadado; ¿querrás comparar las debilidades ó errores de los hombres, con sus locuras ó sus demencias?

—Es que hay errores que son más que locuras, y debilidades que son más que demencias.

Y al oír esto me miró el Doctor.

Yo le miré también, y continué:

Tus locos, querido mío, son locos de menor cuantía, comparados con otros que yo conozco. Conozco hombres sanos, que como tu loco número uno, aprietan los ojos para no ver y se quejan de ceguera. Conozco hombres sabios, que como tu loco número dos, padecen una sed abrasadora junto á una fuente de agua viva y ni siquiera la gustan. Conozco hombres prácticos y sensatos, que como

tu loco número tres, se hallan abrumados de inmenso peso, quejándose amargamente y sin consentir les alivie de él quien únicamente podía aliviarles. En fin, dije, conozco desdichados que han pasado y pasan la vida luchando, estudiando, trabajando y sufriendo para levantar un edificio que llaman de su felicidad, y que como tu loco número cuatro, por una parte se empeñan en levantarlo, mientras por otra le privan de los cimientos. ¿Quieres mayor locura?

Mi amigo bajó la cabeza.

—Francisco, dije aludiéndole más claramente, las locuras del cuerpo se explican, pues al fin son trastornos de la materia, pero los escepticismos, verdaderas locuras del alma, ¿cómo pueden explicarse?

—¿Dónde están esas locuras?

—En tu cabeza, en tu cerebro, en tu alma, en tu corazón.

—Yo no estoy loco.

—Eso dicen también los que tienes tu encerrados.

—Pero señor, ¿cuando el sufrir fué locura?

—Cuando pudo remediarse el sufrimiento.

—¡Ah!... y ¿dónde está el alivio de las penas humanas.

—En la fé de Cristo.

—Ilusión.

—Eso dice tu ciego que pide luz.

—Mentira.

—Eso dice tu sediento que busca agua.

—Pero ellos son locos porque tienen al lado lo que buscan y no lo ven.

—Y tú lo eres más porque lo tienes en la mano y ni siquiera lo miras.

No te canses, Currillo, dije sonriéndome é improvisándole una especie de romance que se me ocurrió: en aquel momento:

Si de ilustrado te precias
Y de sabio listo y cuerdo
Y con saber tanto y tanto
Siempre vas de Cristo huyendo
Mientras ansioso padeces
De esta vida los tormentos
Y ardiente sed te devora
Y te falta luz del cielo
Y te abruman los pesares
Y te agobia el sufrimiento,
Eres loco de remate
Si ofreciéndote un remedio
Tan solo por no probarlo
Continuas padeciendo.
La fé remedia los males
Solo en ella está el consuelo.
¿No lo crees? Ensayaló
¿No ensayas? Eres un necio
Mejor dicho; estás *chiflado*
Estás loco, no estás cuerdo.

Cuando el Doctor oyó aquella espantosa andanada, dió un respingo y echó á correr sin despedirse.

—Se ha incomodado Paquillo, dije riéndome, lo hemos perdido todo.

Mas, cuál no sería mi sorpresa cuando á los pocos días recibo desde Cadiz, á donde mi amigo se había trasladado, la siguiente carta, también en verso:

Cadiz veintiseis de Abril.

Del año que está corriendo

Mi queridísimo amigo

Si sabes de algun camello

Que por esa en que te hallas

Tenga tan perdido el seso

Que pase triste la vida

Cual la pasó mucho tiempo

Este amigo que te abraza

Lleno de agradecimiento;

Remitemelo en seguida

Facturado en el correo,

Porque acabo de montar

Un manicomio modelo,

Para curar á los locos

Que por no mirar al cielo

Pasan, sin fé, aquí en la tierra

Anticipado el infierno.

.....

Escuso ya, pues, decirte

Que aquel amigo sin sesos

Que conocistes un día,

No es el mismo; es otro nuevo.

Quiso luz y tiene luz

Agua pidió y se la dieron.

¡Ay!... ¡Es verdad!.. En el mundo

No hay más locos que los cuerdos,

Que con toda su cordura

Van siempre de Cristo huyendo,

Mientras ansiosos padecen

De esta vida los tormentos,

Y ardiente sed les devora

Y les falta luz del cielo.

Quiera Dios que como yo

Adviertan otros el yerre

Y salgan del manicomio

De sus libres pensamientos.

A Dios: Te abraza y te quiere

Tu inolvidable,—Frascuolo.

—¡Recanastos! dije tirando la carta lleno de gozo.—Gracias á Dios que he encontrado un sabio que ha sabido apearse del asno de su sabiduría para subir al monte de su felicidad.

A. C. y G.

FRUTO DE UNA BUENA ACCION

Ocurrió un día caluroso de Agosto por la tarde, que un mozo de unos quince años de edad subía fatigadísimo por una pendiente no lejos de Londres, cargado con un canasto lleno de objetos de mucho peso, que se le había mandado llevar á uno de los parroquianos de la casa donde él estaba de dependiente, que vivía en el campo. Como el joven no era de constitución robusta, la

carga superaba sus fuerzas. y así, tenía que pararse muchas veces á descansar para llegar á lo alto. Parecía que le fuera imposible vencer la pendiente, y con efecto, cada vez que se paraba á descansar le parecía más pesado el canasto.

Había subido casi la mitad de la cuesta con la carga, cuando pasó á su lado un caballero, el cual apenas le dejó atrás, volvió hacia él, le miró por un momento y le dijo de un modo bondadoso:

—¿Qué pesada carga llevas! buen muchacho: déjame ayudarte.

Y el caballero tomó el canasto y lo llevó hasta lo alto del cerro.

Estando allí, preguntó al muchacho: —¿Crees ahora que puedes llegar con la carga á donde vas?

Y antes de recibir contestación añadió: —Porque sí, todavía te la llevaré hasta donde sea necesario.

—¡Oh! no, señor, muchas gracias, respondió el joven con una expresión de gratitud que brillaba en su cara juvenil y simpática. Ahora puedo, añadió, llevarla perfectamente, y estoy muy agradecido á usted.

—Dios te guarde, buen muchacho, dijo el caballero, y se fué.

Veinte años después, un hombre ya de edad, pero bien conservado, permanecía sin movimiento, en una silla de brazos, con los ojos fijos en el fuego de la chimenea, muy meditabundo. Se hallaba solo y al parecer ocupado en profundas abstracciones, cuando se abrió de repente la puerta de la sala y apareció allí la esbelta forma de una joven cariñosa.

—Papá, dijo en voz baja y con dulzura, al tiempo mismo que colocaba blandamente una mano sobre el brazo de su buen padre.

—¿Eres tú, querida? le contestó él mirándola y dirigiendo después la vista al suelo.

—Si, papá, repuso ella apoyándose de nuevo en él y pasándole sus finos dedos por entre sus desordenados cabellos.

—Deseo permanecer solo esta tarde, amada Florentina, dijo el anciano, pues tengo mucho en qué pensar, y espero una persona para hablar de negocios.

Y besándola tiernamente, continuó un largo rato con sus labios unidos á los de su querida hija.

La joven se retiró de la sala sin hacer ruido alguno, como sucedió al entrar en ella. Antes de verla, se hallaba él tranquilo; pero después que se retiró, empezó á inquietarse, y se levantó y estuvo paseando lleno de ansiedad, en cuya actitud permaneció cerca de media hora, al cabo de cuyo tiempo se paró de repente y fijó la atención para oír. Había sonado la campanilla de la puerta de la calle y entraba momentos después en la sala un joven.

—Caballero, dijo, dispénsame usted el atrevimiento de molestarle, pero ciertas noticias que he adquirido esta tarde me han impulsado á verle sin pérdida de momento: mi nombre es Greer, de la casa Greer, Miller y Compañía.

Mr. Mason le hizo un saludo, y le dijo:

—Conozco bien la casa de usted, y recuerdo ahora haberle hablado varias veces sobre negocios.

—Si, señor: usted nos ha comprado una ó dos partidas de efectos, le dijo el recién llegado; y después de una pausa de algunos instantes, se expresó en estos términos: He sabido esta tarde por un conducto que no me deja lugar á duda, que usted se halla en una situación comercial tan difícil, como para quebrar necesariamente, y quisiera que me dijera con franqueza lo que haya de cierto; no le hago esta pregunta por mera curiosidad, ni con mala intención ú objeto, sino para poner los

medios de evitar una ruina, si está en mi posibilidad el impedirla.

Sorprendido Mr. Mason con aquella manifestación, enmudeció, y aunque hizo dos ó tres veces esfuerzos para hablar, no pudieron sus labios emitir ni un sonido.

—Confíe usted en mí, le dijo con efusión Mr. Greer; créame como si fuera su hermano, y descansen en mí, si con efecto está para sucumbir. ¿Es pues, cierto lo que me han dicho?

—Lo es, fué todo lo que Mr. Mason pudo contestar.

—¿Cuanto necesita V. para salir del conflicto? Dígame la cantidad, y si me es posible proporcionársela, la tendrá mañana en su poder. ¿Bastarán cuatro mil libras (unos veinte mil duros) para salvar la dificultad? Porque si bastan, no se inquiete V., pues las tendrá. Hasta mañana por la mañana: buenas noches.

Y se retiró antes que Mr. Mason recuperara sus sentidos, para conocer lo que debía pensar ó decir.

Por la mañana, fiel á su promesa, pasó Mr. Greer á casa de Mr. Mason, le dió una orden sobre su banco por dosmil libras, y una letra de cambio de otras dos mil, aceptada por él á treinta días vista, que equivalía á dinero contante.

Mientras la orden y la letra de cambio estaban sobre la mesa y antes de admitirlas, mirando Mr. Mason con avidez al sujeto que tan de pronto había tomado la actitud de un amigo desinteresado y que se sacrificaba por él, le dijo:

—Caballero, yo no entiendo lo que pasa y me figuro que V. padece una equivocación.

—¡O! no, señor: V. me hizo en una ocasión un favor que hasta ahora no he hallado oportunidad de recompensar, y puesto que ha llegado me apresuro á utilizarla.

—¿Yo hice á V. un favor? ¿Cuándo?

—Hace veinte años, repuso Mr. Greer. Yo era un pobre muchacho y V. una persona acomodada. Un día caluroso que tenía que andar una larga distancia con un canasto muy pesado, yendo por una pendiente, en que me abrasaban los rayos del sol, y estando á punto de sucumbir de calor y fatiga, se acercó V. á mí y no solo me habló con mucha bondad, sino que tomó el canasto y lo llevó hasta lo alto de la pendiente. ¡A! V. no puede imaginar cuan profundamente impresionó mi corazón aquel favor, y con qué ansiedad he aguardado para tener una ocasión en que demostrárselo por medio de una expresión de gratitud: pero no llegaba. Desde entonces he encontrado á V. muchas veces en la calle, y tenido gran satisfacción en verle; pero V. no se acordaba de mí; yo le he mirado siempre con predilección, y nunca he dejado de pensar en serle útil. Anoche me enteraron de la situación de V. y al punto vine á verle; lo demás ya lo sabe.

Mr. Mason quedó atónito al oír una narración tan singular.

—¿Recuerda V., dijo Mr. Greer, el hecho á que aludo?

—Ni remotamente me acordaba de él, pero las palabras de V. me le han traído á la memoria. Fué una cosa tan insignificante, tan extraordinariamente pequeña, que no merece la atención que V. le ha prestado.

—Para mí no fué insignificante, dijo Mr. Greer: yo era un muchacho endeble, y estaba á punto de sucumbir bajo el peso de una carga tan pesada, cuando V. la tomó y la llevó por mí. No me es posible olvidar este hecho. Así, pues, permítame usted recompensar el favor en la primera oportunidad tomando sobre mí su carga, que tan pesada se le ha hecho, hasta vencer la pendiente, y que se halle en el caso

de llevarla de nuevo con sus propias fuerzas.

Mr. Mason quedó profundamente impresionado, faltándole palabras con que expresar sus verdaderos sentimientos. El pan que había caído sobre las aguas volvió á él después de muchos días, y lo recibió con asombro y gratitud. El comerciante se salvó de una ruina.

Jamás un acto bondadoso es estéril, aunque recaiga en un muchacho.

T. S. Arthur.

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA.

(Continuacion.)

27. Juan Bautista envía sus discípulos á Jesús.

Hemos conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo. Juan 4. 42.

Herodes, príncipe soberano de Galilea, había tomado por mujer suya á Herodías, esposa de su hermano mayor Filipo. Por esto Juan Bautista se presentó á él y le dijo: «No te es lícito tener por mujer á la esposa de tu hermano.» Al oír esto Herodes mandó prender y encarcelar á Juan Bautista.

Este sin empargo, aunque encarcelado, anhelaba ardientemente de que los hombres todos creyesen en Jesús y se salvaran. Con suma pena vió que algunos de sus discípulos se obstinaban en no reconocer á Jesús por el Hijo de Dios y el Mesías prometido, porque llevaba una vida pobre y al juicio de ellos obscura. Por lo mismo quiso, que, viendo los milagros de Jesús se persuadiesen que él es en efecto el Mesías prometido. Mandó, pues, á dos discípulos suyos á Jesús, los cuales tuvieron que preguntarle: «¿Eres tú el que ha de venir, ó hemos de esperar á otro?» La única respuesta que Jesús les dió, fué recordar los milagros que acababa de hacer, curando milagrosamente á muchos enfermos, y después les dijo: «Id y contad á Juan lo que habeis visto y oído: Los ciegos ven; los sordos oyen; los cojos andan; los leprosos son curados; los muertos resucitan; á los pobres les es anunciado el Evangelio; y bienaventurado el que no fuere escandalizado por causa mía.»

Isaías el profeta había hecho esta profecía: «Dios mismo en persona vendrá y os salvará. Entonces los ojos de los ciegos se abrirán y quedarán expeditas las orejas de los sordos; entonces el cordero saltará como un ciervo, y se desatará la lengua de los mudos.»

28. Jesús cura á un enfermo de treinta y ocho años de enfermedad.

Venid á mí todos los que andais agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviare.

Mateo 11. 28.

Al aproximarse la fiesta de Pascua se fué Jesús á Jerusalem. Había allí una piscina, ó estanque, dicha de las ovejas, llamada en hebreo Betsaida, la cual tenía cinco pórticos. En estos yacía siempre una gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y paráliticos, esperando el movimiento de las aguas. Descendía en cierto tiempo del año un Angel del Señor á la piscina y agitaba el agua. El que despues de movido el agua, primero entraba en la piscina quedaba sanado de cualquier enfermedad que tuviese. En los pórticos se hallaba entouces tambien un hombre enfermo, hacia ya treinta y ocho años. Cuando Jesús le vió, le preguntó: «¿Quieres sanar?» El enfermo contestó: «¡Señor! no hay quien me meta en la piscina, cuando el agua se agita: cuando yo me esfuerzo para bajar, otro entra ántes que yo.» Entonces le dijo Jesús: «¡Levántate, toma tu camilla y anda!» Y al momento fué sano aquel hombre y tomando su camilla, se fué. Jesús le dijo todavía: «Ya estás curado, no vuelvas á pecar, no sea que te suceda algo peor.»

Todo esto sucedió un sábado y los Judíos murmuraban, porque Jesús había hecho todo esto en tal dia, pues creían no era lícito el curar en sábado. Jesús trató de convencerlos que podía hacerlo, diciéndoles: «Yo obro, como obra mi Padre. Mi Padre obra incesantemente y yo obro tambien.» Viendo los Judíos que se hacia igual á Dios procuraron matarle; pero Jesús les declaró solemnemente, que él era el Hijo de Dios, diciendo: «Todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo. El á nadie juzga visiblemente, sino todo el poder de juzgar lo dió al Hijo. En verdad, en verdad os digo: Quien escucha mi palabra y cree en aquel que me envió, tiene la vida eterna, y no incurre en sentencia de condenacion, sino que pasa de la muerte á la vida. Vendrá una hora en que todos los que están en los sepúlcros oirán la voz del Hijo de Dios y saldrán los que hicieron buenas obras á resucitar para la vida; pero los que las hicieron malas resucitarán para ser condenados.» Y para probar que él era Hijo de Dios, les dijo aun: «Las obras que yo hago dan testimonio de que el Padre me ha enviado.»

Dios dispensaba ya en la Antigua Alianza sus gracias y favores en ciertos lugares determinados, (como por ejemplo en la piscina de Betsaida); así tambien en el Nuevo Testamento dispensa su gracia ostensiblemente en ciertas peregrinaciones y santuarios privilegiados.

L. C. Businger.

(Se continuará.)

VARIEDADES

PENSAMIENTOS

SOBRE EL LIBRE-PENSAMIENTO

La mayor parte de los libre-pensadores no sabe definir lo que es *pensamiento*, ni lo que es *libertad*.

«Vengan razones, dicen los libre-pensadores, y nos convenceremos.» Desgraciados, aun que se os dieran juntas todas las que en el mundo dieron todos los filósofos no os rendiríais. A vosotros no os faltan ojos ni os falta luz, lo que falta es que vuestros ojos puedan ver la luz.

Pero vuestros ojos no ven la luz porque están enfermos: enfermos de soberbia, faltos de humildad.

La fé no es hija del convencimiento natural, sino de la gracia de Dios. El convencimiento natural predispone á recibirla, pero no la engendra.

Yo quisiera creer, dicen algunos libre-pensadores, pero no puedo.

No es cierto, si quisiérais podríais porque es de fé que Dios á nadie niega la gracia de la fé. Pero es que vosotros quereis que vuestra fé sea hija de vuestra razon; quereis llegar á la fé, por el camino del racionalismo y eso es imposible. La fé es una virtud y no se alcanza con discursos, sino con obras.

No son razones lo que debéis pedir á los hombres, sino humildad lo que debéis pedir á Dios: haced un acto de fé y vereis como aquellas razones que os parecían antes insuficientes, las hallais ahora concluyentes y decisivas. No busqueis el convenceros para creer, buscad el creer y os convenceréis.

¿Quereis creer? No vayais á los casinos á discutir, id al templo á confesaros; yo os garantizo que os levantaréis creyentes de los pies del confesor.

Pero insistís en que lo que os falta son razones. Tontería. Las razones que han bastado á tantos sabios ¿no habían de ser suficientes para vosotros? ¿En qué concepto teneis á los demás? ¿Acaso os creéis superiores á todos los que en el mundo os han precedido? He ahí vuestro pecado; os creéis más ilustrados, precisamente porque sois más ignorantes, tanto más ignorantes cuanto que ignorais vuestra propia ignorancia.

Quien quiera salir de su ignorancia y ver la verdadera luz procure limpiar bien el cristal de su corazon.

La fé es un don del cielo que crece al compas de las virtudes, y muy especialmente de la *humildad* y la *pureza*. Por eso dijo Jesucristo:

«Bienaventurados los limpios de corazon porque ellos verán á Dios.»

J. M. L.

Pensamientos morales.

Si hay un lugar de verdadera *dicha* en el mundo, es el corazon de un hombre de bien.

La ignorancia y el vicio, son la miseria más grande del mundo.

El que no enseña á su hijo alguna profesion, le enseña la de los vicios.

Cuando el estómago está vacío, el cuerpo se vuelve espíritu; cuando está repleto, el espíritu se vuelve cuerpo.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones medias, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una accion. 4 ptas. mensuales.

Media 2 » »

Un cuarto id. 1 » »

Un octavo id. 50 cénts.

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta más por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5 bajo; y en todas las librerías católicas de la Peninsula y en Cuba, «La Historia», Remedios.